

Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo

Jorge Myers

Jorge Myers es Profesor de la Universidad Nacional de Quilmes, miembro del Programa de Historia Intelectual de esa Universidad e Investigador del CONICET.
E-mail: jmyers@unq.edu.ar

Resumen

Este trabajo analiza la recepción simultánea de dos tradiciones nacionales de pensamiento político –la francesa y la inglesa– en el Río de la Plata durante las siete décadas transcurridas entre la Revolución de Mayo y la federalización de la ciudad de Buenos Aires (1810-1880). Propone una cartografía general de la relación entre el pensamiento político local y aquellas dos grandes tradiciones europeas, enfatizando la relación entre los distintos «momentos» del pensamiento francés e inglés, y aquellos del pensamiento argentino. Subraya la centralidad de los procesos de «traducción» conceptual en función del pasaje de aquellas corrientes al contexto de interpretación conformado por la situación histórica rioplatense. Dentro de los límites que impone un texto necesariamente breve, identifica, finalmente, algunos de los principales puntos de inflexión, y algunas de las instancias más fructíferas desde el punto de vista de su contenido intelectual, que pautaron ese largo proceso de apropiación y reelaboración –llevado a cabo por sucesivas generaciones de intelectuales rioplatenses– de conceptos y valores surgidos a partir de las situaciones políticas y culturales tan inexorablemente distintas como las de Francia y Gran Bretaña.

Summary

This article analyzes the simultaneous reception in Argentina of two national traditions of political thought –those of France and of Great Britain–, during the first seven decades after the May Revolution (1810-1880). It proposes a general cartography of the relationship between Argentine political thought and those two major European traditions, emphasizing the specific relationship between distinct «moments» of French and English political thought and those of their Argentine counterpart. It also underlines the centrality of processes of conceptual «translation» in the passage of those currents from their place of origin to a context of interpretation formed by the specific historical situation of the River Plate polity. Within the limits imposed by the need for brevity, this article seeks to identify, finally, some of the principal moments of inflection, as well as some of the instances of greatest intellectual productivity, which shaped that long process of appropriation and re-elaboration of concepts and values emerging from the inexorably different political and cultural situations of France and Great Britain, to which Argentine intellectuals devoted their energies during the Nineteenth Century.

INTRODUCCIÓN

Todo el pensamiento político argentino puede ser representado bajo la forma de un diálogo –unilateral por cierto– entre la experiencia concreta del Río de la Plata y las nuevas corrientes de pensamiento político originadas a partir del siglo dieciocho –y sobre todo de las revoluciones norteamericana y francesa– en los principales países europeos. Colocados como consecuencia de su pertenencia a un país lejano y marginal en el lugar de oyentes más que de hablantes, los intelectuales argentinos del siglo diecinueve gozarían por esa misma razón de una gran libertad para armar itinerarios eclécticos de lectura, en los cuales el pensamiento político clásico o renacentista podía por momentos parecer tan relevante como el más moderno de la era posrevolucionaria y en cuyo interior las combinatorias de tradiciones de pensamiento muy alejadas entre sí cobraban una lógica inesperada. Si las dos principales tradiciones europeas consultadas por los hombres de letras argentinos fueron la francesa y la inglesa, no por ello dejaron de aparecer esporádicamente referencias a otras tradiciones como la italiana o, con menos frecuencia, la alemana, y aun la española –recusada por razones ideológicas luego de la ruptura independentista, hacía cada tanto una fugaz aparición–.¹ Más aún conviene subrayar que en el horizonte del pensamiento político argentino del siglo diecinueve siempre planeó la tradición jurídica y constitucional norteamericana, por la pertenencia simultánea de las dos naciones al orbe americano, y por los múltiples puntos de contacto entre sus respectivos ordenamientos institucionales.²

¹ Por ejemplo, Alberdi al recordar las lecturas que «en su primera edad» habían sido las «favoritas», enumeraría: Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavatter, Buffon, Bacon, Pascal, La Bruyère, Bentham, Montesquieu, Benjamin Constant, Lermnier, Tocqueville (¿difícilmente pudo pertenecer ésta a su «primera edad»!), Chevallier, Bastiat, Adam Smith, J.B. Say, Vico, Villemain, Cousin, Guizot, Rossi, Pierre Leroux, San Simón, Lamartine, Destutt de Tracy, Victor Hugo, Dumas, P.L. Courier, Chateaubriand, Mme. de Staël, Lamennais, Jouffroy, Kant, Merlin, Pothier, Pardessus, Troplong, Heignecio, *El Federalista*, Story, Balbi, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Capmany. *Memorias sobre mi vida y mis escritos*, en: *Alberdi y Tucumán*, Archivo Histórico de Tucumán, Tucumán, 1960, p. 93 (proviene de los Escritos Póstumos, tomo XV).

² El ejemplo norteamericano se presentaba como el más importante para el pensamiento político argentino por dos motivos: por compartir la condición americana y por compartir un sistema de gobierno republicano. Es por ello que en los debates constitucionales de 1824 a 1827, en las discusiones acerca de materia impositiva en relación a la Constitución de 1853 –e.g. Alberdi en el *Sistema económico y rentístico nacional*–, o en aquellas acerca de

cuestiones de procedimiento parlamentario de los años 60 y 70, la referencia norteamericana nunca estaría enteramente ausente. Sarmiento constituyó, por supuesto, el caso más conocido de filonorteamericanismo. La cita que se reproduce a continuación resume la lógica que presidió su viraje a partir de los viajes de una orientación europeísta a otra centrada en Norteamérica: «Educado en la escuela francesa, la he seguido largos años esperando verla producir hechos consiguientes a la doctrina. Los hechos han fallado y la doctrina también. Hacer la historia de las evoluciones parlamentarias de Europa es hacer la necrología de todas las verdades porque hemos combatido. Los golpes de estado, las constituciones *de par l'armée*, son el fruto de aquella escuela y la reacción que nos invade por todas partes. Ahora y desde los últimos años, me he vuelto a otro sol que no se eclipsa, que ninguna nube oculta: los Estados Unidos. Como teoría, como hecho práctico, como poder, como influencia, como porvenir, por todos aspectos, la democracia allí la encuentro fuerte, consistente consigo misma y dominante aún como hecho». (Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*. Primera serie: t. I Años 1838-1854, P.E. de la Provincia de Córdoba, Córdoba, 1988, p. 229.)

Con muy pocas excepciones aquello que los escritores y políticos de las sucesivas generaciones que se sucedieron luego de la ruptura con España –la de Mayo, la rivadaviana, la del '37 o la del '52– buscaron en el pensamiento europeo fue una lección de modernidad. Formados en el seno de una cultura política cuyo punto de partida mítico estaba constituido por la recusación a la tradición del Antiguo régimen y a la española –juzgada como aun más atrasada y perniciosa que aquélla– las propuestas de las corrientes tradicionalistas europeas –el legitimismo francés, las doctrinas ultramontanas, el conservadorismo Tory– resultarían atractivas a solo una minoría dispersa de pensadores locales, casi todos ellos vinculados estrechamente a la causa de una Iglesia reñida con el liberalismo, la democracia y la ciencia moderna. El interés demostrado por los principales autores políticos del dieciocho –como Montesquieu, Rousseau o Adam Smith–, o por las nuevas corrientes de pensamiento surgidas a lo largo del siglo diecinueve –desde la Ideología francesa y el utilitarismo inglés hasta los liberalismos conservadores de la segunda mitad del siglo diecinueve o el nuevo liberalismo derivado de la tradición inaugurada por John Stuart Mill–, estuvo animado por la exigencia sentida como propia por todas aquellas generaciones argentinas de hacer que las instituciones y las prácticas políticas locales entraran en sintonía con los valores y principios de la modernidad, del «moderno siglo diecinueve». Las lecturas específicas así como las respuestas que fueron extraídas de ellas variaron según el momento político de la Argentina y según los distintos autores, y sin embargo un rasgo las mancomunaba a casi todas: que ellas eran hechas a partir de la situación propia de la Argentina tal cual ésta era concebida por esos autores, y no de la situación europea cristalizada en las tradiciones a las que las obras y los autores franceses e ingleses pertenecían. Esa relación de lectura estuvo muy fuertemente marcada, pues, por las necesidades surgidas de la propia experiencia política y, más importante aún, por una conciencia muy fuerte de la lejanía geográfica y cultural que separaba a la Argentina de la Europa y que imponía cierta neutralidad respecto de las distintas tradiciones de pensamiento político europeo. En una carta a Benjamín Poncel escrita en 1853, Sarmiento, por ejemplo, sintetizaba aquella actitud tan difundida entre todos sus compatriotas: «Me temo que, a más de la poca claridad de mi exposición, a lo que atribuyo la mayor parte, su error venga, al atribuirme un pensamiento que me sorprende por no ser mío, de ese sentimiento tan natural a los franceses de celo y emulación con la raza sajona, lo que de ordinario pone una venda en los ojos o hace exagerar la dimensión de los objetos. Celo laudable en un francés, pero extraño a nuestros intereses americanos. Para nosotros, franceses e ingleses son una sola cosa, el europeo; y para la América, sus rivalidades, el

medio seguro de estudiar sus excelencias recíprocas y sus defectos. No somos franceses en América, como no somos ingleses ni norteamericanos. Quisiéramos, sí, poseer los resultados de sus civilizaciones, y para ello darle a todos colocación ventajosa entre nosotros».³ Esa neutralidad derivaba hacia una actitud a la vez cosmopolita y ecléctica: en un mismo escrito era posible citar a autores liberales y «socialistas», a representantes del «humanitarismo romántico» francés junto a clásicos de la Ilustración italiana: la coherencia teórica de tales citas estuvo muchas veces subordinada –como se puede ver en el Facundo– a la utilidad que la misma revestía para el propio argumento. Si ello era posible, lo fue en gran medida porque el contexto de significación primario de aquellas lecturas fue siempre el argentino, no el europeo –ni siquiera en el caso de quienes, como Alberdi desde la década de 1850 en adelante las realizaban estando físicamente presentes en Europa–.

EL HECHO REVOLUCIONARIO Y EL HECHO AMERICANO

Ese contexto de significación estuvo constituido por el hecho revolucionario que había producido la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata e inaugurado una nueva práctica política, que a muchos parecería –con el correr de los años– resumirse bajo aquella frase certera del General Tomás de Iriarte, «la carrera de la revolución»; y por la conciencia de la distancia que separaba a sus instituciones de las europeas –una conciencia que afloraba tanto cuando se las consideraba superiores, como hacía Luis Varela al hablar de la representación proporcional consagrada en la Constitución de Buenos Aires de 1873, como cuando, a la manera de Alberdi o del Sarmiento del Facundo, se las consideraba inexorablemente inferiores–. Si casi desde un primer momento se impuso como exigencia inapelable la necesidad de interpretar y dotar de algún sentido al nuevo mundo institucional surgido de la revolución, ello se debió a otro aspecto crucial de la revolución rioplatense: el hecho de que ésta había sido una revolución sin marco ideológico previo, una revolución en la cual los hechos habían precedido a las ideas. Es por ello que los publicistas y hombres de estado argentinos se sentirían obligados a buscar afanosamente en el pensamiento inglés y francés un arsenal de herramientas que permitiera tornar más comprensible la propia realidad política que les había tocado en suerte vivir.

La nueva realidad política surgida luego de la revolución de Mayo le resultaba opaca a quienes la vivían más de cerca, en parte porque las intenciones desplegadas por sucesivas generaciones políticas habían parecido conducir una y otra vez a desenlaces que la contradecían. Cada intento de dotar al nuevo Estado

³ Domingo Faustino Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*, op. cit., pp. 242-243.

de una constitución política parecía haber profundizado aún más la discordia facciosa y la fragmentación regional; la guerra civil se había convertido en un hecho cotidiano en muchas partes del antiguo Virreinato, mientras que la inestabilidad política socavaba la legitimidad de sucesivos regímenes, hasta llegar finalmente a aquella conclusión que Sarmiento juzgaba la más paradójica de todas, la creación bajo Rosas de un sistema de poder dictatorial luego de treinta años dedicados a establecer el principio de la libertad en el Río de la Plata. Ese carácter dilemático de la nueva realidad política rioplatense sería abordada de distintos modos por las generaciones intelectuales que se sucedieron entre 1810 y 1880. Mientras que a ojos de la Generación de Mayo –formada en el discurso revolucionario e ilustrado de las décadas de la Revolución Francesa y su secuela napoleónica– pareció exigir una mayor adecuación entre los términos y las prácticas⁴ que la componían, para aquella de 1837 la demanda más urgente pareció ser la elaboración de un nuevo vocabulario que diera cuenta de esa realidad tan nueva que no parecía tener ningún parangón en el mundo. Ambas exigencias partían del reconocimiento –que aparece refrendado una y otra vez en los escritos de Moreno, de Monteagudo, de Agüero, de Sarmiento o de Alberdi– que la revolución había instaurado una ruptura con los esquemas tradicionales para pensar la política. Existía sin embargo entre una y otra un matiz sutil que las separaba: mientras que para la generación de Mayo el origen de esa nueva realidad política se resumía en las palabras «revolución» y «república», para aquella de los pensadores del '37 y sus sucesores ese origen se ubicaba en la propia condición americana y la experiencia nacional derivada de ella. Era esa realidad americana la que parecía imprimirle un sentido radicalmente nuevo a su condición política, aun cuando ella operara mediada por la revolución y la institucionalidad republicana.

UNA CARTOGRAFÍA DE LOS ITINERARIOS DE LAS IDEAS FRANCESAS E INGLESAS EN LA ARGENTINA

El diálogo argentino con las distintas corrientes de pensamiento europeas seguiría un ritmo pautado por la propia evolución del pensamiento y de la situación política local. Esa evolución puede ser periodizada de varios modos diversos, siendo la más obvia por supuesto aquella que identifica a la propia sucesión de regímenes como el elemento más decisivo para demarcar a una etapa de la siguiente. Si el propósito es establecer, sin embargo, una cartografía más o

⁴ «Nada importa mudar de lenguaje mientras los sentimientos no se cambien, y exigir repentinamente nuevas costumbres antes que haya precedido una serie de actos contrarios a los anteriores, es poner a los pueblos en la necesidad de hacer una mezcla monstruosa

de afecciones opuestas que producen la altanería democrática y el envilecimiento colonial. (...) todos gritan igualdad sin entenderla ni deseársela». Bernardo Monteagudo, *Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú*, Lima, 1823.

menos abarcadora de las distintas apropiaciones y reelaboraciones de cuerpos de doctrina europeos, conviene quizás privilegiar otros elementos (aunque sin desconocer el impacto que regímenes tan distintos entre sí –como el rosista o el rivadaviano– pudieron tener).

Por un lado la observación alberdiana acerca de la diferencia capital que significó para el pensamiento argentino el pasaje de una era sin libros a otra dominada por ellos, reconoce un dato fundamental para cualquier exploración de la presencia del pensamiento francés e inglés en el Río de la Plata. El cambio en los modos de vehiculización de aquellas corrientes implicaba también un cambio en los posibles efectos que las lecturas de autores europeos podían tener sobre el propio pensamiento. Mientras la discusión política argentina debió desenvolverse en las páginas de periódicos y panfletos efímeros y puntuales o en los debates parlamentarios, el significado de las referencias europeas debió responder a reglas que no necesariamente eran aquellas de una reflexión teórica profunda y sostenida. La utilización de aquellas referencias tendió, en efecto, a ser más bien o instrumental y pragmática, o legitimadora: si Valentín Gómez citaba a Benjamin Constant en un debate parlamentario ello no implicaba necesariamente que Gómez estuviera pensando la política argentina a través de las coordenadas del liberalismo doctrinario, sino simplemente que una observación específica de Constant –de mayor o menor densidad teórica según los casos– parecía corresponder de un modo relevante a la cuestión debatida. Al mismo tiempo, tales citas podían operar del mismo modo que las citas clásicas (o, en los sermones, las citas bíblicas) como marcas que servían para incrementar la legitimidad del propio discurso ante los interlocutores. Aquello que sólo raras veces aparecería en esos años «pre-librescos» era un uso de la fuente no para justificar un argumento ni para iluminar una discusión jurídica, sino para desenvolver el propio pensamiento a través del diálogo con el texto citado –antes de 1830 ese tipo de relación apenas puede encontrarse en los escritos más complejos de Mariano Moreno, en algún artículo o panfleto de Monteagudo, o en alguno de los publicistas rivadavianos–. En cambio, a partir del momento en que la escritura de libros se convirtió en el principal vehículo para el desarrollo del pensamiento político local, la relación con los autores leídos y citados se tornaría más compleja y precisa a la vez. Los argumentos que informan la «Memoria sobre Tucumán» de Alberdi, fueron elaborados en un diálogo con *Les Ruines* del *Idéologue* Volney y con la teoría del determinismo climático de Montesquieu; mientras que el *Facundo* de Sarmiento resultaría incomprensible sin la referencia permanente a la obra de Alexis de Tocqueville, *La démocratie en Amérique*. La observación de Alberdi ayuda, por ende, a comprender un cambio fundamental

que separa a una etapa de la historia del pensamiento político argentino de la etapa subsiguiente: el pasaje del escrito de ocasión y de la pieza oratoria –regida inexorablemente por las leyes de la retórica– al libro.

Más importante aún sería la correlación entre los «momentos» de la historia intelectual europea y aquellos de la historia intelectual argentina. A través de esa correlación es posible esbozar una cronología general del impacto del pensamiento político inglés y francés en el Río de la Plata. Cada nueva etapa de la experiencia política argentina evocaría resonancias específicas del legado europeo: la Revolución de Mayo daría nacimiento a un pensamiento en el cual, a pesar de sus fuentes eclécticas, era posible detectar el legado de la Grande Révolution de 1789-99. Rousseau y Thomas Paine parecerían ofrecer en los primeros años de ese movimiento no sólo referencias que podrían servir para tornar más inteligible el proceso que se estaba viviendo, sino una guía, un manual, para fijarle un rumbo preciso al comportamiento político de los ciudadanos. En sus grandes rasgos, toda la década revolucionaria estuvo marcada por la centralidad del pensamiento francés, tanto de su vertiente ilustrada como –más esporádicamente– de su vertiente revolucionaria. No hace falta más que abrir un periódico de aquella época para darse cuenta hasta qué punto pareció cobrar relevancia inmediata el pensamiento «Encyclopediste», la ciencia del derecho de Montesquieu, el contractualismo rousseauiano, las representaciones ilustradas de la condición de América. En aquellos autores se buscaba una nueva teoría de la soberanía que imprimiera legitimidad al nuevo orden surgido de la Revolución y que indicara los lineamientos indispensables que debería revestir la nueva arquitectura institucional que reemplazaría al edificio derruido del orden colonial. En una sociedad en revolución, era difícil que pudiera provocar demasiado escozor un pensamiento cuyo prestigio derivaba en parte –entonces– de su asociación al movimiento revolucionario de mayor repercusión de la era moderna. Cuando, luego de cinco años de esfuerzos fallidos por organizar y estabilizar el nuevo orden político, la Restauración borbónica vino a cerrar el ciclo revolucionario tanto en Francia como en España, otra vertiente del pensamiento francés –aquella bautizada más tarde con el nombre de «liberalismo doctrinario»– comenzaría a hallar lectores en la Argentina. Sin que desaparecieran por ello las referencias a la tradición revolucionaria (ni a las tradiciones de otros países como Inglaterra), los años de 1815 a 1830 aproximadamente constituyeron el momento de mayor presencia de la obra Benjamin Constant en la Argentina. Tanto la crítica anti-rousseauiana de Constant como la de otros autores franceses afines (Sieyès, Mme. de Stäel, otros miembros de la «escuela» liberal doctrinaria) aparecería invocada para defender el nuevo principio de organización política a través del

cual se buscaba hallar una «salida» a la revolución: el principio de representación. En un contexto en el cual parecía más urgente poner una valla a la «carrera de la revolución», o descubrir mecanismos que permitieran estabilizar una sociedad percutida por las rencillas facciosas, el pensamiento «liberal doctrinario» eclipsaría al de Rousseau.

En el siglo diecinueve, el prestigio del pensamiento francés nunca desaparecería del todo. Experimentaría sin embargo momentos de mayor y menor intensidad. Si los años de 1810 a 1820 o de 1830 a 1848 constituyeron momentos de suma intensidad, cuando Francia y sus escritores parecieron encarnar la cumbre del mundo civilizado, los años rivadavianos presenciarían el surgimiento de Inglaterra como una fuente alternativa de concepciones y doctrinas políticas. El recorte operado por los publicistas y políticos argentinos sobre el denso entramado de corrientes ideológicas y debates constitucionales y teóricos ingleses resulta muy sugerente. Si es posible detectar algunas resonancias del discurso «Whig» más liberal en los debates legislativos y en la prensa argentinos de la década del '20, si circularon algunas de las obras de Lord Brougham, si hubo ciertos puntos de contacto –tanto directos como indirectos a través de España– con los escritos del círculo de Holland House, la corriente que mayor repercusión lograría –a través de su identificación con la figura de Bernardino Rivadavia y a través de su empleo en la enseñanza universitaria del derecho en la UBA– fue sin duda el utilitarismo de Jeremy Bentham.⁵ Esa corriente ideológica parecería ofrecer al grupo dirigente rivadaviano dos elementos esenciales: la promesa de una base científica o racional para la elaboración de la nueva institucionalidad republicana, y un criterio de legitimidad alternativo tanto al difuso contractualismo que había estado en la base de casi todas las propuestas constitucionales hechas desde la Revolución en adelante, cuanto al «legitimismo» que había servido para justificar el ordenamiento del Antiguo Régimen. Todas las instituciones heredadas de la era colonial podían ser sometidas a examen aplicando el criterio de la utilidad: ni su antigüedad, ni su supuesta sanción divina, ni tampoco su relación con la voluntad general del pueblo, deberían servir para ponerlas al margen de la voluntad reformista del ministerio de Rivadavia. Es importante enfatizar que en el pasaje de Inglaterra a Buenos Aires, el anclaje social de las doctrinas utilitaristas experimentaría un cambio cuyas consecuencias, aunque sutiles, no dejarían por ello de ser significativas: mientras que en Inglaterra la franja más «radical» del pensamiento utilitarista se convertiría en herramienta ideológica de una clase media en ascenso, así como también en insumo ideológico para un sector del movimiento obrero que entonces comenzaba a cristalizar como tal por primera

⁵ Ver: trabajo de Klaus Gallo a salir en *Prismas* N° 6; más el debate previo en *JLAS* 1996.

vez, en la Argentina esa doctrina hallaría su principal anclaje entre una fracción de la élite local, aquella más claramente imbuida de una concepción elevada de la función de Estado.

El utilitarismo no estuvo sólo en la discusión política de aquellos años: debió compartir el escenario porteño con otra corriente de pensamiento francés –la *Idéologie*, cuya interpretación fisiológica de las pasiones humanas parecería solaparse con la misma voluntad científicista del utilitarismo– además de hacerlo con el «liberalismo doctrinario», el liberalismo español de la tradición de Cádiz, la nueva «Economía Política» inglesa y francesa, y más en general, todas las referencias aún abundantes a la tradición ilustrada del siglo dieciocho (desde Montesquieu y Rousseau –dos referencias constantes– hasta Jovellanos). Sin embargo, puede decirse que en los años rivadavianos la presencia más decisiva en el debate político local, en la interpretación de las instituciones existentes así como en las propuestas de nuevas instituciones, fue la del pensamiento político inglés. La «Táctica parlamentaria» de Bentham era traducida al castellano y publicada en Buenos Aires, para ser utilizada como manual de procedimientos en la nueva Sala de Representantes de Buenos Aires; el modelo inglés de gobierno parlamentario, aunque nunca llevado enteramente a la práctica, planearía sobre las sesiones de esa Sala durante sus primeros años, llegándose a proponer que el ministerio fuera creación de la legislatura y no del poder ejecutivo; y finalmente, por una vía indirecta, la relación diplomática con Inglaterra, consolidada con el Tratado de Reconocimiento de 1825, impulsaría una política de tolerancia religiosa semejante a aquella que la opinión radical (nutrida de miembros de las llamadas «sectas disidentes») pregonaba para la propia Inglaterra (y que sólo se convertiría en ley tres años después).

El cambio de régimen en la Argentina –el pasaje de la república internotabiliar a la república unanimista presidida por Rosas– casi coincidiría en el tiempo (mediaba un breve espacio de seis meses) con el cambio de régimen francés, la revolución de julio. Toda la primera etapa del pensamiento de la Nueva Generación argentina estuvo marcada por los fulgores del pensamiento de julio. El prestigio del pensamiento político inglés cedía su lugar al nuevamente ascendente pensamiento francés, identificado ahora como había ocurrido durante la década revolucionaria con la modernidad más exaltada y con los principios más «liberales» y «democráticos». No sólo los escritores que formaron parte de aquel movimiento literario sintieron los atractivos del nuevo pensamiento francés: Agustín Francisco Wright no vacilaría en comparar la «revolución de octubre» de 1833 a la Revolución de julio de 1830. Sería, sin embargo, en las obras de Alberdi, Echeverría, Sarmiento, y los demás integrantes de la Nueva

Generación donde ese pensamiento asestaría su mayor impacto. Cifrado en una recepción simultánea de corrientes de pensamiento relativamente alejadas entre sí, desde el «humanitarismo romántico» de Michelet, Quinet, y compañía, el eclecticismo filosófico de Victor Cousin (cuyo Cours d'histoire de la philosophie veía traducido al castellano su primer tomo por José Tomás Guido y publicado en edición porteña), el «socialismo» de Pierre Leroux, el populismo cristiano de Lamennais y sus seguidores, el liberalismo «doctrinario» de François Guizot (prestigiado en parte por su posición política descollante en la Monarquía de julio), el liberalismo romántico de Hugo, el nuevo nacionalismo liberal de Giuseppe Mazzini, hasta toda la pléyade de escritores sansimonianos o socialistas «utópicos» (para utilizar la conveniente aunque inexacta nomenclatura genérica de Marx), se entrecrozarían en el pensamiento de los nuevos escritores. La Revue des Deux Mondes sería leída con la misma avidez que la Revue Encyclopédique durante aquellos entusiastas años 30.⁶ En ese pensamiento tan abigarradamente ecléctico, los miembros de la Nueva Generación Argentina hallaron, además de un nuevo vocabulario de la política, diversos dispositivos teóricos que les permitieron romper con el universo intelectual de sus mayores y ensayar una interpretación original de la propia realidad rioplatense. Ellos pueden resumirse (de un modo algo brutal) en: la noción de una filosofía de la historia susceptible de una reconstrucción racional, la articulación de la primacía de lo social sobre lo político, y el concepto romántico de «nación».

La evolución intelectual de la Nueva Generación fue vertiginosa, por lo cual sus ídolos intelectuales y las corrientes más admiradas por ella experimentaron un recambio continuo: muchos de ellos –Alberdi es un buen caso-testigo– pasarían del eclecticismo cousiniano a la filosofía del derecho de Savigny (mediada por Lermnier) al «socialismo» pos-sansimoniano de Leroux hasta desembocar finalmente, en el momento de maduración de su pensamiento, en Tocqueville y las lecciones de un liberalismo más internamente coherente que el que habían creído conocer hasta entonces. En efecto, si el aura de la Revolución de julio mantuvo a casi todos aquellos escritores bajo el influjo casi exclusivo del pensamiento francés a lo largo de la década del 30 y primeros años del 40, el desencanto no tardaría en imprimirles una nueva orientación ideológica. El viaje a Europa por un lado –tanto en el caso de Alberdi y Gutiérrez como en el de

⁶ «Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lermnier, de Villemain, de Victor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron, y de todo lo que entonces se llamó romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la universidad, por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas

libres de Helvecio, Cabanis, de Holbac, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Victor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, a favor de lo que se llamó espiritualismo». J.B. Alberdi, *Memorias sobre mi vida y mis escritas*, (UNTuc.) p. 87.

Sarmiento–, la experiencia de una realidad política conservadora y sin embargo aparentemente exitosa, por otro lado, y finalmente el impacto de la malograda Revolución del '48, acabarían con el «revolucionarismo» de los escritos montevideanos y con la prédica igualitarista que muchos de ellos habían desarrollado bajo el nombre de «socialismo» hasta entonces. Si el único escritor de aquella promoción en proclamarse abiertamente conservador y hasta «reaccionario» fue Félix Frías –quien de todos modos insistiría en las cartas en las que buscaba explicar infructuosamente a sus amigos «liberales» la legitimidad de su elección político-ideológica, que su conservadorismo no era del todo incompatible con el liberalismo de la Constitución de 1853–, muy pocos de ellos dejarían de sentir con gran amargura que su formación intelectual previa les había hecho creer en lo que ahora juzgaban una mentira. La deriva de casi todos ellos sería hacia un liberalismo conservador –de contenido diverso según cada autor–, operándose también en una mayoría de los casos bajo el signo de la principal referencia intelectual francesa para los argentinos durante aquellos años, Alexis de Tocqueville.

Es imposible sobreestimar la importancia de *La démocratie en Amérique* en el pensamiento maduro de la Nueva Generación. Alberdi publicaría un fragmento traducido en Montevideo en 1840 (del primer tomo), e incorporaría a su arsenal de argumentos tanto la explicación cultural –centrada en los «moeurs»– que Tocqueville ofrecía de la democracia norteamericana, cuanto el escepticismo acerca de la posibilidad de conciliar una política basada en el ideal democrático con una basada en el ideal liberal (una lección, por otra parte, que el liberalismo conservador inglés de esos mismos años también estaba en vías de internalizar –vide Burrow, J.W., *Whigs and Liberals*–). Para Sarmiento, por su parte, Tocqueville sería a la vez un modelo y una incitación: la «sociología» americanista del Facundo se articularía siguiendo explícitamente el ejemplo de Tocqueville en su investigación norteamericana; y la descripción de los Estados Unidos que había desarrollado en ese libro dotaría de razones políticas precisas el «giro» de Sarmiento hacia los Estados Unidos al momento de realizar sus Viajes.

A partir de la última porción de la década del cuarenta, pues, comenzaría una reorientación del pensamiento político argentino. El liberalismo que entonces tomaría cuerpo estaba preocupado con la doble cuestión de cómo establecer el imperio de la ley en un país que había conocido la «Suma del Poder Público», encarnado en la figura del dictador combatido por los miembros de la Nueva Generación, y de cómo cimentar un orden estable en una nación nacida de una ruptura revolucionaria. Si una primera –y duradera– respuesta aparecería dada en la Constitución Nacional de 1853, sucesivos conflictos facciosos, guerras

civiles y fracasos institucionales en el período pos-rosista mantendrían la plena vigencia de aquellas dos cuestiones. Como ha señalado J.G. Merquior en su libro *Liberalism Old and New*, el liberalismo explayado en las obras de Alberdi y Sarmiento fue, además de un «liberalismo conservador», un liberalismo de una categoría muy especial: un «nation-building liberalism», en el cual la voluntad de construir un orden se entremezclaba con la necesidad de dar forma a una comunidad nacional, llevando por ende a que ciertos elementos del arsenal de principios y argumentos del «liberalismo clásico» fueran subordinados a esa consideración primordial. Más allá del probable esquematismo de esta formulación, ayuda a entender por qué en la etapa 1852-1880 tuvo mayor eco en la Argentina un liberalismo conservador o reactivo. Sin que desapareciera nunca la referencia francesa, el ejemplo norteamericano y el debate político inglés volverían a concitar la atención de gran parte de los escritores políticos argentinos. Por un lado, la obra de Thomas Babington Macaulay gozaría de un auge que no sólo se debía a su éxito como historiador: en sus escritos autores como Vicente Fidel López o el Alberdi de postura «monarquista» de los años 1860, hallarían una defensa altamente persuasiva de un liberalismo antirrevolucionario, moldeado en el vocabulario «Whig» del gobierno moderado y sensato tanto como en aquel de la «antigua constitución». Mientras que Alberdi citaría la observación de Macaulay que la prueba del éxito de la Gloriosa Revolución de 1688 era que no había existido ninguna revolución posterior en Gran Bretaña, López declarararía en el «Prefacio» a su *Historia de la Revolución Argentina* estar siguiendo al autor inglés en su práctica como historiador. Esa práctica, además de implicar una opción literaria específica (a favor de una escritura amena y atrayente en lugar de una que fuera «very valuable but a little tedious»), implicaba una opción política –desarrollada específicamente por López no sólo en su interpretación de la Revolución en el Río de la Plata sino también en artículos políticos como los publicados en la *Revista del Río de la Plata*– que enfatizaba la continuidad constitucional desde el Antiguo régimen hasta el presente, y que recelaba de la democracia como régimen político –en tanto colocaba a la «ficción» del «gobierno electoral» en lugar del único régimen auténticamente factible, el «gobierno de la palabra», es decir, de una opinión pública ilustrada y concentrada en una institución semejante al Parlamento inglés. Para López, quien en este punto entroncaba con la tradición «whig» a la que pertenecía Macaulay (y conviene recordar que según Lord John Russell «whig» era un término sinónimo de «liberal conservador», y preferible a ese, por necesitar sólo una sílaba para decir lo mismo para lo cual el otro requería siete), el «liberalismo de los medios» siempre era superior al «liberalismo de los fines»: es decir, un liberalismo encarnado en un orden constitucional complejo

y consciente de sus limitaciones (y en este punto hay una resonancia burkeana además de macaulayana) debía ser superior a uno concebido sólo en términos de los fines abstractos –producto de una razón desinteresada en las lecciones de la historia– que proponía alcanzar el político liberal.⁷

Mientras que la Francia del experimento imperial de Napoleón III perdía prestigio –ya que esa solución parecía estar a la vez demasiado próxima (por su origen revolucionario y pretoriano) y demasiada alejada de la experiencia rioplatense (por su carácter monárquico y dinástico)–, las dos naciones anglo-sajonas lo aumentaban. Casi todos los principales autores ingleses de aquel «mediodía» Imperial de mediados de la era victoriana hallaron alguna recepción en la Argentina, desde el relativamente poco leído Bagehot hasta John Stuart Mill (conocido más por Representative Government que por On Liberty o On the Subjection of Women) y, sobre el final del período, Herbert Spencer (a cuya obra aparecen referencias en el Alberdi de los Escritos económicos contemporáneos a la presidencia de Avellaneda, en Sarmiento, y en la prensa de esos años). No sólo las obras de escritores ingleses atraerían la atención: también lo harían los grandes debates políticos que acompañaron el proceso reformista de la era de Disraeli y Gladstone, y ninguno más que el debate en torno a la reforma electoral de 1867. La referencia anglo-norteamericana se vería reforzada además por la propia literatura francesa de aquellos años. En autores de tradiciones tan diversas como Laboulaye o Montalembert, los lectores argentinos hallarían referencias elogiosas –o al menos fascinadas– por la nueva realidad norteamericana, mientras que en historiadores y escritores políticos de reconocido prestigio como Guizot o como Taine tropezarían con un interés igualmente fuerte por la realidad inglesa.

Los escritores argentinos buscarían responder en sus obras a los profundos interrogantes que la experiencia pos-rosista había abierto. Desaparecido Rosas y su «tiranía», el reino de la libertad había parecido alejarse cada vez más, consumido por la violencia de la lucha facciosa. El país se había dividido en dos Estados enemigos entre 1852 y 1861, la rebelión contra el centro político del país había seguido siendo una poderosa tentación en las provincias aun luego de esa fecha, y la guerra civil generalizada continuaría siendo un peligro latente hasta 1880. En ese contexto, la preocupación por la consolidación de un orden estable parecía tomar precedencia sobre la persecución de un régimen de libertad. Sarmiento, al ser electo presidente, se describiría en carta a su antiguo amigo chileno, José Victorino Lastarria, como un liberal y un conservador a la vez, explicando que

⁷ En esta sección he seguido de cerca el argumento (simplificado aquí por razones de espacio) desarrollado por Natalio Botana en su libro, *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.

la consolidación del orden –su tarea qua conservador– era la condición previa e indispensable para la consolidación de la libertad. En ese contexto –donde el liberalismo de los fines del «Partido de la libertad» mitrista parecía tocar una nota discordante y que lo empujaba hacia un aislamiento cada vez mayor–, no debe sorprender que textos como *Sobre la libertad* de John Stuart Mill hayan pasado sin despertar casi ninguna referencia: la problemática postulada allí, acerca de cómo defender al individuo de las presiones de una opinión pública que podía estar equivocada, debió parecer guardar muy poca relación con una realidad en la cual una de las cuestiones más acuciantes seguía siendo cómo guarecer a esa opinión pública de un Estado, que se suponía controlado por facciones irreconciliablemente enemistadas con sus rivales.

CONCLUSIÓN

La cartografía esbozada arriba es por su propia naturaleza tentativa. Cada uno de los temas abordados, cada una de las posiciones políticas aludidas, abre un campo vastísimo para la investigación. Autores como Alberdi, Sarmiento, Mitre o López produjeron una obra de gran complejidad, rica en sus propuestas y cambiante a lo largo del tiempo. Las distintas modalidades de relación con las obras francesas e inglesas que nutrían su reflexión han debido ser necesariamente glosadas de un modo algo somero aquí. Más aún, una cuestión que no ha sido abordada, también por falta de espacio, es la cuestión de los desplazamientos de significado operados por la traducción al vocabulario político rioplatense de términos provenientes de los diversos vocabularios políticos, que articulaban el debate político inglés o francés. Para finalizar, es importante señalar que sólo después de 1875 comenzaría a cobrar cuerpo algo así como una «ciencia política» local, en obras como *La democracia práctica* de Luis V. Varela o *El federalismo argentino* de Francisco Ramos Mejía. Esa forma de abordar la discusión política, más alejada de las instigaciones del combate diario que imponía la lucha de facciones y por ende mejor habilitada para desarrollar una investigación amplia y comparativa, adquiriría una presencia más firme recién en la próxima generación.

Registro bibliográfico

MYERS, JORGE

«Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, Nº 26, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2004 (pp. 161-174).

Descriptores · Describers

historia del pensamiento político / historia de los conceptos / tradición política francesa / tradición política inglesa / pensamiento rioplatense
history of political thought / history of concepts / french political tradition / english political tradition / argentine thought